

El Foix que yo conocí

El autor de «Palabras para Julia» rememora la historia de una amistad

José Agustín Goytisolo

SE llamaba, en los papeles, Josep Vicenç Foix, se firmaba, literariamente, J.V. Foix, pero como escribió de sí mismo Carlos Barral, su «apellido industrial» persistía. Foix era propietario de dos acreditados establecimientos de pastelería y confitería en la antigua villa de Sarrià, pueblo en el que nació ahora hace cien años, y que no fue incorporado a Barcelona hasta los años veinte. Yo viví en ese barrio-pueblo muchos años, y pese a que sabía que pertenecía a Barcelona, decía, como todos los vecinos, «bajo a Barcelona» y jamás «voy al centro». Incluso en el aún llamado «tren de Sarrià», en el final de su recorrido al centro, la estación sigue llamándose «Barcelona» y no «Plaza de Cataluña», como sería lógico.

En Sarrià se formó como autodidacta, y sus lecturas siempre fueron altísimas. Antes de la guerra civil fue un fisgón vanguardista, creador e impulsor de revistas y manifiestos. En colaboración con su amigo Josep Carbonell, editó, entre 1926 y 1929, la exquisita revista *El amigo de las Artes*, para dirigir luego, desde la proclamación de la II República Española, y hasta la guerra civil, *La Publicidad*.

Sus contactos con el surrealismo fueron muy tempranos; era el mejor propagandista de las obras de sus amigos: Dalí, Miró, Buñuel.

Un resbalón de inquietud nacionalista le llevó a publicar el libro *Revolución Catalana*, que después de la guerra civil le costó más de un disgusto. Pese a su entrega formal, su vinculación vanguardista fue muy relativa. A diferencia de Joan Salvat Papasseit, también radicalmente autodidacta pero de escaso bagaje cultural y dotadísimo para la poesía, la erudición de Foix era vastísima: era un hombre culturalizado, que mantuvo contactos con los vanguardistas franceses e italianos, en especial con Paul Eluard, y también con Marinetti, con el que cortó luego. Pero por otro lado, asimiló la tradición poética provenzal e italiana prerrenacentista, con un afán de eclecticismo cultural que recuerda al que postulaba y practicaba Ezra Pound.

Después de la guerra civil Foix se dispone a una callada labor como poeta y publicista que no publica: no eran buenos tiempos para la poesía, y menos en catalán. A partir de 1947, la censura abre algo la mano, Foix publica su primer libro, extraordinario: *Solo y doliente*, y desde entonces sus entregas se aceleran: *Las irreales omegas*, en 1949, *Dónde dejó las llaves*, 1953, *Once Navidades y un fin de Año*, 1960, y su recopilación *Obras poéticas*, del mismo año. Como prosista se había iniciado mucho antes: *Gertrudis*, 1927, *KRTU*, 1932, *Carta a Doña Madrona...* de 1951, *Diario de 1918*, en 1956, *La estrella de Perris*, 1963, y *La estación y otros relatos*, 1987.

Foix dijo y escribió de sí mismo: «Escribo más allá de los preceptos y sin tener en cuenta cómo escriben alemanes, yanquis, gabachos o soviéticos. El tono de los otros y sus criterios retóricos no me sirven casi nunca... El poeta sabe que cada poema es un grito de libertad. Me encanta lo nuevo, lo viejo me enamora».

Foix fue el primer poeta que conocí en mi vida: tendría yo unos cinco años, o sea allá por 1933, cuando mi madre me llevó a una de las pastelerías «Foix de Sarrià», la de la Plaza Mayor de la Villa, local que ya conocía, desde fuera, por sus dulces tentaciones acarameladas. Mi madre hizo envolver a una dependienta, como asustada, un paquete de magdalenas y otro de galletas para el desayuno, y se fue hacia la caja, para pagar. Al lado de una ancianísima y para mí aterradora cajera bigotuda, estaba, de pie, un hombre enjuto, moreno, vestido de blanco y de rostro agradable. Hablaba con mi madre, se conocían, sin duda: no me miró, pero me puso la mano en la cabeza, despeinándome, y me dijo: «¿Te gustan los caramelos, diablillo?». Metió una mano en un bolsillo y sacó el puño cerrado: «Abre las manos, que no se te caigan, dia-



EFE

Foix, aplaudido al llegar a la presentación del libro *L'estació*, que realizó conjuntamente con Tàpies. Cumplía ese 28 de enero de 1985, 92 años.

blillo». No se me cayó ni uno de los caramelines redondos y de colores que me dio. Desde aquel día, me plantaba ante el escaparate de la pastelería, para intentar que él me viera. Sí, me veía siempre, yo era muy tenaz. Y se repetía el ritual de los caramelillos y del «ten, pequeño demonio».

— Es un escritor, decían mis padres, escribe en catalán en varias revistas, y publica relatos fantásticos.

— ¿Y cuándo hace los pasteles y los caramelos?

— Le ayudan, hombre. Es el dueño de las dos pastelerías.

— ¿Y por qué me da caramelos?

— Le gustan los niños. El no tiene hijos.

Le vimos, en verano, alguna otra vez, ya en Sitges, ya en el Port de la Selva. Nosotros pasábamos parte del verano en el vecino Port de Llançà, y siempre le vi más tieso que la carabina de un guardia civil: sombrero blanco, traje y camisa blancos, y calcetines y zapatos blancos. Me veía, mano al bolsillo, y el ritual gozoso de los coloreados caramelos. Cuando acabó aquella fiesta irreal y llegó la guerra, no le volví a ver, pues nosotros fuimos a un pueblo de montaña, por la salud de mi padre y de los bombardeos, pero no sirvió para nada.

□ Primer deslumbramiento

Solo y doliente fue lo primero que leí de él, pues cuando lo publicó yo tenía ya dieciocho años. Quedé deslumbrado. El catalán que empleaba tenía mucho que ver con el de los menesterales, carniceros y capadores de cerdos de Sarrià, y con el de los amigos del equipo de fútbol «Atlético Tres Torres», que arrasábamos en el campeonato de Cataluña de aficionados. Pero era un catalán, a la vez, empapado en el habla de los pescadores y payeses del Port de la Selva.

Muchos años después, cuando elegí los que yo consideraba —y aún considero— los diez mejores poemas catalanes contemporáneos, para presentarlos, en versión original y con el texto castellano de mis traducciones en verso enfrentadas, comencé por Foix, y comencé el trabajo, ayudado por él, en repetidas visitas a su casa de la calle Setantí, en Sarrià, por supuesto. Y ahí empezó otra

fiesta, más gozosa que la de sus caramelos mágicos, fiesta que me brindó, con su amistad, hasta que murió, y que para mí aún perdura.

No se trataba del gozo de discutir la selección de sus veinte poemas, uno a uno, que se prolongó varios meses: yo iba a su casa dos veces por semana, por las tardes, y trabajábamos durante tres o cuatro horas. Me hacía leer sus poemas en catalán, y luego los leía él, para estar seguro de su selección. Yo tomaba notas sobre algunos giros, expresiones o frases hechas, y antes de irme le pedía aclaraciones, para no ponerme a traducir como un cretino sin haber entendido el poema en su original. «Si ya lo ha entendido, ahí empieza su trabajo. Es importante entender un poema en su versión original, pero luego es más importante escribirlo en el idioma del traductor: usted domina el castellano, no habrá problemas».

Si los hubo, pero no insalvables: el puñetero conocía muy bien el castellano, y discutíamos dos o tres giros que parecían poder usarse indistintamente. Muy laborioso, pero excitante, salpicado con citas de Ramón Llull, Ausiàs March, Jordi de Sant Jordi, Dante o Petrarca. Una gozada para los dos, y volver a la traducción del poema en cuestión. Era muy tolerante —no como ahora, se estilaba—, con el humo de mis cigarrillos, y me hacía subir café de una bar cercano, pues no gasto chocolate, aunque sea de «Foix de Sarrià».

Uno de los pocos problemas que tuvimos fue su recomendación, que acepté, contra mi deseo, de incluir un poema que termina así, de su libro *Solo y doliente*: «Os clamo por todo/ lugar donde/ os querría ausente/ de mi propio lamento hago un placer/ cuando encuentro la inútil salida, a la intemperie». Yo sabía del agnosticismo doloroso de Foix, que luego otros críticos han convertido en ortodoxia católica, basándose en frases que pronunciaba en los últimos años de su larga vida. Era un final también doliente, doloroso, estremecedor, mucho más que una fe ciega, sorda, muda y sin ninguna apoyatura racional. Me gusta más el Foix acechado por el demonio, «el que/ huye de/ ...la trampa de Dios/ para poder tenerme. O del diablo engaño». Por otra parte, en Sarrià nadie le vio nunca ir a misa, y menos aún a confesar o comulgar.

En el Port de la Selva sí iba a misa, como todo el pueblo, por no llamar la atención, como mero acto social, pero absteniéndose de frecuentar confesionarios y recibir hostias. Que poco antes de morir se pusiese en la cola de los comulgantes, nada empuja: también decía, por entonces: «No me hagáis caso: yo no soy Foix». De educación y formación cristiana sí lo era, como yo y como todos ustedes, en su infancia.

Repito que es el mayor poeta de los que figuran en mi antología *Poetas catalanes contemporáneos*, publicada por Editorial Seix Barral en su «Biblioteca Breve de Bolsillo», en 1968. Ha sido una verdadera lástima que los poetas catalanes que le sobreviven, me refiero a los «oficiales o academicistas», no hicieran caso alguno de sus recomendaciones de enterrar definitivamente el cadáver modernista, creando un espantoso neo-modernismo a la catalana, falsamente cosmopolita, sin moverse de sus casas del Ensanche barcelonés. Foix escribió: «A los que vengan; si es que enjundiosos, dignos, pueden ganar mis versos el mañana/ isin arpa, espejos, cisnes ni azahar!». Enjundiosos sí quieren parecerlo, con sombrero a lo Greta Garbo incluido, pero nada más. Ahora me dicen que vuelven a la vanguardia, a un neo-vanguardismo que muy pronto está siendo ya un post-vanguardismo, del que Foix, como dije arriba, se despojó rápidamente en toda su obra en verso. Pero Catalunya es un país de «patums», figuras que representan animales fabulosos que presiden procesiones y fiestas populares; y figurativamente, o despectivamente, «patum» se dice de una persona que goza de una gran consideración, más por el lugar que ocupa por su fama, que por sus méritos reales y presentes.

El paso del tiempo y el espíritu de Foix arreglarán tanto dislate. Yo vuelvo a apostar por la buena poesía catalana, y les advierto que, en estas y otras cuestiones, soy un ganador nato.